

**Apariciones de seres
celestiales y demoniacos
en la Nueva España**

Gisela von Wobeser



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

Gisela von Wobeser
"III. Apariciones del Demonio y de las huestes
diabólicas"
p. 53-70

*Apariciones de seres celestiales y demoniacos en la
Nueva España*
Gisela von Wobeser (autor)

México
Universidad Nacional Autónoma de México,
Instituto de Investigaciones Históricas
(Serie Historia Novohispana 100)

Primera edición impresa: 2016

Primera edición electrónica en PDF: 2017

Primera edición electrónica en PDF con ISBN: 2019

ISBN de PDF 978-607-30-1432-8

<http://ru.historicas.unam.mx>



Licencia Creative Commons Atribución-NoComercial-CompartirIgual
4.0 Internacional

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/4.0/>

2019: Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas. Algunos derechos reservados. Consulte los términos de uso en <http://ru.historicas.unam.mx>.

Se autoriza la consulta, descarga y reproducción con fines académicos y no comerciales o de lucro, siempre y cuando se cite la fuente completa y su dirección electrónica. Para usos con otros fines se requiere autorización expresa de la institución.



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS



REPOSITORIO
INSTITUCIONAL
HISTÓRICAS
UNAM

Capítulo III

APARICIONES DEL DEMONIO Y DE LAS HUESTES DIABÓLICAS

De acuerdo con el Apocalipsis de San Juan,¹ el mal nació después de la creación cuando un grupo de ángeles, a las órdenes de Luzbel, se rebeló contra Dios. En la lucha cósmica que se desencadenó, los ángeles rebeldes fueron combatidos, derrotados y expulsados del cielo por otro grupo de ángeles que permaneció fiel a Dios, capitaneados por el arcángel Miguel. Durante su caída, los ángeles se transformaron en demonios. Su alma se corrompió y se volvieron feos y malignos y se precipitaron hasta el sitio más profundo del universo, situado debajo de la superficie terrestre: el infierno.² Luzbel, también conocido como Lucifer, Satanás, Satán, Demonio o Diablo, entre otros muchos nombres, se convirtió en el dirigente, y los otros demonios en su séquito. A partir de ese momento, y dado que conservaron una parte de los poderes angélicos que Dios les había adjudicado inicialmente, se dedicaron a sembrar el mal en la tierra, a ganar adeptos para el infierno y a martirizarlos por toda la eternidad.³

Los atributos del Demonio eran antagónicos a los de Dios. Mientras que este último se consideraba bello, luminoso y bueno, al primero se le percibía feo, oscuro, maléfico, lisonjero, burlón, fanfarrón y vanidoso. Se creía que conocía las cosas ocultas, sabía el pasado, el presente y el futuro, era un gran ilusionista que aparecía y desaparecía objetos⁴ y podía actuar sobre los hombres mediante acciones físicas, instalándose en su cuerpo y sirviéndose de su mente.⁵ Además, se le atribuyó la facultad de gobernar la naturaleza, causar enfermedades, destruir casas, ocasionar plagas y sequías,

1 Apocalipsis 12, 3-17.

2 Apocalipsis 12, 7-9.

3 Georges Minois, *Breve historia del Diablo*, Madrid, Espasa-Calpe, 2002, pp. 37-39.

4 Fray Andrés de Olmos, *Tratado de hechicerías y sortilegios*, trad. de Georges Baudot, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1990, p. 49.

5 Santo Tomás de Aquino, citado por Minois, *Breve historia del Diablo*, p. 54.

influir en las relaciones sociales y maltratar en forma física a las personas, ya sea por motivaciones propias, como la venganza, la envidia o la ira, o porque Dios lo utilizaba para tentar a sus elegidos.

La Iglesia tenía una postura ambigua respecto al poder del Demonio. Por un lado, planteaba que, dada la omnipotencia de Dios, el Demonio actuaba bajo sus órdenes y mediante su anuencia. Así, el mal que sucedía en la tierra se consideraba como un castigo de Dios ejecutado por el Demonio. En esta misma línea de pensamiento, se creía que Dios presidía el infierno y que los castigos aplicados a las almas condenadas, así como las tentaciones demoniacas, eran ejecutados por orden suya. De esta manera, Dios era concebido como un ser justo, aunque severo y temible.

Pero asimismo prevalecía la idea de que el Diablo actuaba por cuenta propia. Era difícil conciliar la infinita bondad de Dios con la existencia del mal, por lo que éste llegaba a atribuirse al Diablo, quien, al actuar de manera independiente, se convertía en antagonista de Dios y rivalizaba con él por la hegemonía en la tierra y por las almas de los muertos, en el más allá. Dicha rivalidad expresaba la contienda ancestral entre el bien y el mal, presente en la mayoría de las religiones. La creencia en el poder del Diablo originó la demonolatría, es decir, su adoración. Ésta era practicada por personas que, ante la incapacidad de solucionar sus problemas, se encomendaban al Diablo y le rendían culto a través de rezos, invocaciones y misas semejantes a la liturgia católica. Para formalizar la adhesión al Demonio, se creía que él obligaba a firmar pactos. La creencia en estos pactos data de épocas tempranas del cristianismo y la Iglesia los consideraba muy peligrosos.⁶ Algunos teólogos llegaron a conceder al Diablo un rango equiparable al de Dios, pero en la esfera del mal. El franciscano Martín de Castañeda, quien escribió *Tratado muy sutil y bien fundado de las supersticiones* (1532), planteaba la existencia de una iglesia diabólica, dirigida por Satán, en la que se practicaban los “exacramentos”, es decir, sacramentos inversos. Planteaba que el Diablo hacía pactos con algunas personas, las que firmaban una profesión de fe en su presencia, mediante la cual le prometían obediencia y se ofrecían a él en cuerpo y alma. Martín del Río en *Disquisitionum magicarum libri sex* (1599), sostenía que el pacto con el Diablo era el fundamento de cualquier brujería

6 El pacto con el Demonio más antiguo lo relata san Basilio de Cesarea, en el siglo IV, quien consigue salvar a un esclavo que había renunciado a su bautismo y se había entregado al Diablo a cambio del amor de la hija de un senador. A partir del siglo XII, circulaban historias de estos pactos, mediante los cuales los involucrados procuraban obtener riquezas o conquistar algún amor difícil de obtener. Minois, *Breve historia del Diablo*, pp. 58-59.

si se hace por escrito, es la cédula, firmada con la sangre del hereje, e implica siete exigencias que llevan directamente al infierno. En el *sabbat*, el diablo se presenta la mayoría de las veces bajo los rasgos de un chivo, grande, negro, velludo, con una candela encendida entre los cuernos. Pero a veces adopta un aspecto seductor para entregarse a actos sexuales sobre las brujas. Los *sabbats* tienen lugar por regla general los jueves, hacia la media noche, a fin de adelantarse a los días consagrados a la plegaria por las religiones: viernes (musulmanes), sábado (judíos), domingo (cristianos).⁷

El poder del Diablo se multiplicaba a través de los numerosos demonios que, según las creencias de la época, compartían sus atributos maléficos y conformaban ejércitos dedicados a sembrar el mal por el mundo. Dado que eran seres espirituales, desafiaban las leyes de la naturaleza: aparecían y desaparecían al instante, se manifestaban en forma visible o invisible, llegaban solos o en muchedumbre. Andaban por todas partes, entraban por las puertas y ventanas, a través de los muros y por el techo. Tenían predilección por los lugares ocultos, como bosques y desiertos, donde organizaban reuniones clandestinas a las que llegaban a concurrir brujas y brujos. Los ritos celebrados por indígenas para dar culto a sus antiguos dioses se consideraban rituales demoniacos.⁸

1. *El Demonio, emperador del mal*

A pesar de que había consenso entre los teólogos acerca de que el Demonio era un espíritu y, por lo tanto, un ser intangible y etéreo, las descripciones y representaciones que de él se hicieron aluden a formas corpóreas. No se establecieron patrones específicos para representarlo, como sucedió en el caso de los seres celestiales, sino que de acuerdo con la tradición medieval, se le representó bajo los aspectos más variados: mamíferos, aves, peces, anfibios, artrópodos, moluscos o gusanos, humanos negroides o seres híbridos, dotados de los elementos antropozoomorfos más diversos, entre los que sobresalían colas y cuernos.

En las numerosas descripciones del Demonio que aparecen en la literatura, el atributo que se resalta por encima de todos fue la fealdad. El italiano Carlos Gregorio Rosignoli, autor de una serie de ejercicios espirituales,

⁷ Minois, *Breve historia del Diablo*, p. 80.

⁸ Olmos, *Tratado de hechicerías y sortilegios*, p. 43.

basados en los de Ignacio de Loyola, invitaba a los ejercitantes a que lo visualizaran de la siguiente manera: “Mírese lo horrible de su semblante, la frente altiva y llena de soberbia, los ojos fieros y encendidos a guisa de cometas, la boca sangrienta y arrabiada que está respirando amenazas y estragos”.⁹

También caracterizaban al Demonio su ferocidad y bravura. Era un ser muy temido, no sólo por las tentaciones a las que exponía a las personas y por su capacidad de actuar sobre los fenómenos naturales y ocasionar el mal en la tierra, sino porque se creía que llegaba a agredir en forma física a sus víctimas. Así, fue frecuente representarlo como serpiente, tal como aparece en el Génesis, cuando tentó a Adán y a Eva y ocasionó su expulsión del paraíso.¹⁰ La carmelita descalza Melchora de la Asunción lo vio como perro feroz, recorriendo su convento, con “bramidos feroces” y echando “fuego de azufre” por la boca y los ojos.¹¹ A una religiosa cuyo nombre mantuvo Juan de Palafox en el anonimato, se le presentó como un perro negro “que andaba tras ella haciéndole gestos; tenía los ojos como brasas y de la boca echaba llamas”. La monja se refugió en su celda, pero allí la cegaron las luces que emanaban de la bestia, convertida en “fantasma, negro y abominable de feo, con mucho fuego”; no le dijo nada, ni la abordó, pero ella “quedó con grande espanto de esta infernal vista”.¹²

A Isabel de la Encarnación, famosa por las embestidas demoniacas que tuvo que soportar, los demonios se le presentaban con la figura de culebras que se le enroscaban en la cabeza apretándole las sienes; también como serpientes que la ceñían por la cintura, leones, tigres, toros, lagartos, cocodrilos, perros rabiosos o jabalíes.¹³ En cierta ocasión, uno de ellos se apareció como dragón de siete cabezas y le exigió: “Adórame a mí y no adores a ese”, refiriéndose a Jesús. Al replicarle la monja: “Harto mejor será que tú adores a mi esposo, ¡mira qué lindo está!”, se fue huyendo como si le hubieran tirado una lanza.¹⁴ Esta última representación, proveniente del Apocalipsis de san Juan (9, 12), fue recurrente en la narrativa, así como en la pintura.

9 Carlos Gregorio Rosignoli, *Verdades eternas explicadas en lecciones ordenadas y principalmente para días de los ejercicios espirituales*, Madrid, Imprenta de Gabriel Ramírez, 1764, p. 295.

10 En el Génesis no se dice en forma explícita que la serpiente era el Demonio, pero se afirma en el Apocalipsis de san Juan (9, 12): “Fue precipitado el gran dragón, la antigua serpiente, aquel al que llaman Diablo y Satán, el seductor del mundo entero”. Minois, *Breve historia del Diablo*, pp. 42-43.

11 Madre de Dios, *Tesoro escondido*, p. 308.

12 Juan de Palafox y Mendoza, *Luz a los vivos y escarmiento en los muertos*, Madrid, María de Quiñones, 1661, pp. 135-136.

13 Ramos Medina, “Isabel de la Encarnación”, p. 45.

14 Madre de Dios, *Tesoro escondido*, pp. 325 y 332.

Desde la Edad Media fue habitual representar al Demonio como Leviatán, el monstruo marino del Antiguo Testamento. La boca de este engendro se identificaba con la puerta de entrada del infierno o como el infierno mismo. En uno de los murales del convento de San Nicolás Tolentino, en Actopan, se le pintó con unas fauces enormes que muestran dientes y colmillos y por cuyas comisuras ingresan los condenados al reino de las sombras.

Otra forma común de concebir al Demonio fue como un humano de piel morena. Esto se explica porque el color negro era un atributo del infierno y simbolizaba el mal. Además, los afrodescendientes ocupaban el lugar más bajo de la escala social y muchos españoles e indios les temían por su fuerza física. La monja concepcionista Sebastiana de las Vírgenes relata que en una ocasión se le apareció una “multitud de demonios en figura de unos negros muy atezados, feísimos”, que mostraban cólera e indignación en su contra y amenazaban con ahogarla y despedazarla.¹⁵ A causa de una enfermedad, al morir Juan, un mancebo natural de Chautempa, su espíritu fue arrebatado y “llevado por unos negros [...] por un camino muy triste y de mucho trabajo, hasta un lugar de muchos tormentos”, es decir, al infierno.¹⁶ Unos viajeros que caminaban hacia Veracruz se encontraron en la barranca de Las Palmillas con un mulato que montaba una mula y que después desapareció, por lo que asumieron que “era algún demonio que quería llevarles al infierno”.¹⁷ Otro caso fue el de Francisco Rodríguez, quien camino a Zacatecas se topó con un “mulato negro y gordo” que asistía en una cueva y a quien identificó como el Diablo.¹⁸ Para distraer a Marina de la Cruz de sus oraciones, el Demonio se aparecía bajo el aspecto de una sirvienta negra que la llamaba sin cesar, de parte de la prelada. Pero ella reconoció en dicha aparición al “padre de la mentira” y continuó sus rezos con mayor ahínco.¹⁹

En las representaciones plásticas del Demonio como africano, para poder identificarlo, los pintores solían añadirle cuernos y cola. En la pintura de Cristóbal de Villalpando sobre las aproximaciones eróticas del Demonio a santa Rosa de Lima, aparece como un hombre robusto y musculoso que,

15 Espejo, *En religiosos incendios*, p. 179.

16 Motolinía, *Historia de los indios de la Nueva España*, pp. 95-96.

17 Madre de Dios, *Tesoro escondido*, p. 135.

18 Alberro, *Inquisición y sociedad*, p. 307.

19 Sigüenza, *Paraíso occidental*, p. 187.

semidesnudo e hincado, abraza a la santa. Su tamaño, el color rojizo de su piel, la fealdad de su rostro y sus orejas puntiagudas, semejantes a cuernos, delatan su identidad.²⁰

Para incitar a alguien a caer en el “pecado de la carne”, el Demonio se aparecía como bello mancebo o como atractiva mujer; y como Dios, la Virgen, un ángel o un clérigo, si pretendía alejar a una persona de la religión.

2. Tentaciones y acosos diabólicos

Las desviaciones del “camino del bien”, que implicaban pecar mediante palabra, obra o pensamiento, eran consideradas tentaciones del Demonio. El concepto de la tentación se remonta al Génesis, el libro bíblico en el cual se explica el origen del hombre. Adán y Eva, tentados por la serpiente, comieron de la fruta del árbol prohibido, razón por la cual fueron expulsados del paraíso. Las tentaciones eran artilugios mediante los cuales el Demonio trataba de imponerse sobre las fuerzas del bien, representadas por Dios, y obtener adeptos para el infierno. Era considerado un aliado de la muerte, “porque sabe que no puede comer otra caza que la que ella mata”.²¹

Las tentaciones también podían ser pruebas a las que Dios sometía a sus elegidos para constatar su virtuosismo, su fidelidad y amor. Según Pedro de Salmerón, “la virginidad y pureza de cuerpo y alma, cuanto mayores combates padece, tanta mayor cualidad adquiere en los ojos de Dios; un diamante o rubí cuando sale del mineral a donde se cría no tiene tanto valor como cuando sale de las manos del lapidario, después de golpeado, cortado y cercenado por todas partes”.²² Existía la idea de que el Demonio tentaba especialmente a las personas que eran más próximas a Dios, entre ellas las monjas, los clérigos, los ascetas, los ermitaños y las beatas,²³ y que no permitía que las tentaciones sobrepasaran lo que podían aguantar los implicados: “no permite que sea tentado más de lo que puede”.²⁴ Sebastiana de

20 La pintura se conoce con el título de *La tentación de santa Rosa de Lima* y se encuentra en la capilla de San Felipe de Jesús en la Catedral metropolitana. Data aproximadamente de entre 1690 y 1700. Véase Juana Gutiérrez Haces, Pedro Ángeles, Clara Bargellini y Rogelio Ruiz Gomar, *Cristóbal de Villalpando*, México, Universidad Nacional Autónoma de México/Fomento Cultural Banamex/Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1997, p. 283.

21 Ramos, *Los prodigios de la omnipotencia*, vol. 1, pp. 105-106v.

22 Bieňko, “Un camino de abrojos y espinas”, p. 110.

23 Jaffary, “María Josefa de la Peña”, p. 145.

24 Chauvet, “Descripción de la provincia franciscana”, p. 87.

las Vírgenes narra en su autobiografía que al cuestionar un día a Jesucristo acerca del porqué la dejaba sola con los demonios que la atormentaban con tanta rabia, él le respondió “no te he dejado [...] si yo no te hubiera asistido con los auxilios de mi gracia, no hubieras por ti sola resistido a tus enemigos y hubieras quedado vencida por ellos. Yo estaba contigo y me estaba deleitando y dándome grandísimo gusto verte padecer por mi amor, en este tiempo en que la Santa Iglesia representa lo que yo padecí por el tuyo y de todo el género humano para redimirlo”.²⁵

Uno de los personajes más acosados por el Demonio del cual se tiene noticia en las fuentes fue Isabel de la Encarnación, la mencionada monja carmelita de Puebla, considerada santa por sus contemporáneos.²⁶ Se decía que Dios había dado licencia a los malignos para “combatirla en el alma y en el cuerpo” con el objeto de probarla, como lo había hecho con Job. Su martirio comenzó desde que era niña y se intensificó cuando ingresó al convento de carmelitas descalzas. Durante seis años no podía alzar la vista y mirar ninguna imagen porque “los demonios le tiraban los ojos con tanta fuerza que parecía se los querían sacar”.²⁷ Asimismo era frecuente que en masa la atacaran físicamente, ya sea como animales feroces o como soldados, “unas veces a caballo con lanzas enristradas hacia ella y otras a pie en forma de gladiadores y etíopes horrendos”. En ocasiones, andaban encima de su celda o debajo de ella, “con picos y barretas daban en las paredes queriendo echarla abajo” y todo esto acompañado de notable estruendo.²⁸ Le causaban innumerables tormentos, mismos que soportaba con gran paciencia, ya que los interpretaba como pruebas de Dios. Solían sujetarla y lanzarla hacia arriba, como si fuera pelota, y la azotaban contra el techo o contra las paredes. En ocasiones, el Diablo la traía de “cabeza alrededor como una perinola y alzándosela y bajándola hacia el pecho y las espaldas con tanta prisa y violencia, que era menester tenerla las religiosas y echarle agua bendita”. Además, le causaba enfermedades múltiples: “mal de quijada, de estómago, de pulmón, de cerebro, le quitaba la respiración, le roía la lлага de los riñones, [...] le apretaba las sienes y la cintura y le masacraba el corazón”.²⁹

25 Espejo, *En religiosos incendios*, pp. 198-199.

26 Ramos Medina, “Isabel de la Encarnación”, p. 44.

27 Loreto, “La vida y heroicas virtudes de la madre Isabel de la Encarnación”, p. 189.

28 Madre de Dios, *Tesoro escondido*, p. 317.

29 *Ibidem*, pp. 317, 325, y Ramos Medina, “Isabel de la Encarnación”, pp. 41-51.

Como las víctimas de los acosos se sentían favorecidas por Dios, siguiendo el ejemplo de Teresa de Jesús y sor María de Jesús de Ágreda, algunas llegaban a agradecerle las pruebas a las que las sometía.³⁰ Sor Sebastiana Josefa de la Santísima Trinidad “se postraba a dar gracias a su dulce Esposo del beneficio recibido en padecer aquello poco y verse libre del tormento”, después de que el Demonio le “oprimía todo el cuerpo” y de que sus huesos quedaran hechos pedazos.³¹ La carmelita Marina del Santísimo Sacramento tenía “visiones horribles” y los demonios se le presentaban en forma de animales fieros que la hacían huir de su celda.³² Desde el primer día que Ana de la Soledad, “un alma justa y de toda virtud”, entró al convento, vio al Demonio a su lado “haciendo ademanes, enfurecido y furioso, mostrando una rabia diabólica” en su contra. Durante su noviciado la siguió molestando “con horribles tentaciones, molestos escrúpulos, dudas y perplejidades”. Sus compañeras decían que daba lástima “verla cuando se había de confesar; siendo tanto lo que la atormentaba el enemigo [...] porque siempre la hallaba afligida con nueva tribulación, derramando copiosas lágrimas, porque todo su deseo y anhelo era no ofender a Dios ni faltar un punto a las obligaciones de su estado”, pero “pasada la tribulación, discurría siempre con su buen entendimiento lo mejor para obrarlo y ejecutarlo, con lo cual más rabioso Satanás, con infernal odio, se esforzaba para presentarle nuevas batallas”.³³

Con el fin de apartar a los fieles de la senda del bien, el Diablo se empeñaba en distraer a los fieles durante la misa o mientras oraban. A María de San José le borró las letras de su breviario y, cuando intentó rezar de memoria, le ató la lengua y le trabó la quijada.³⁴ Mientras Pedro del Espíritu Santo estaba orando en el coro junto con sus correligionarios carmelitas, vio entrar a un “negrillo de fiera catadura, la estatura muy pequeña, echando de los ojos fuego y de la boca espumajos”, que se dirigió hacia un religioso “poco observante y amigo de ausentarse de la comunidad y le tiró del hábito para que saliese fuera y dejase de orar”.³⁵ En distinta ocasión, el

30 Minois, *Historia del Diablo*, p. 111; Sor María de Jesús de Ágreda, *Apuntamientos espirituales desde el día 24 de junio de 1652*, Archivo del Convento de M.M. Concepcionistas de Ágreda, Soria, transcripción literal realizada por María de los Ángeles Alonso, 1999, Cuadernillo 2, p. 26.

31 Cervantes, “El demonismo en la espiritualidad barroca novohispana”, p. 137.

32 Gómez de la Parra, *Fundación y primer siglo*, p. 213.

33 *Ibidem*, p. 336.

34 Cervantes, “El demonismo en la espiritualidad barroca novohispana”, p. 132.

35 Madre de Dios, *Tesoro escondido*, p. 150.

mismo religioso vio a otro Demonio “en forma de guacamaya que puesto encima de la reja del coro hacía mil monerías a los religiosos para divertirlos de la oración, y a uno enviaba sueño y a todos pensamientos malos”.³⁶

Se creía que durante las celebraciones religiosas se intensificaban los acosos demoniacos. Agustín de la Madre de Dios refiere que veinte días antes de la fiesta de la Asunción de la Virgen acudían ejércitos de demonios al convento de monjas carmelitas de Puebla para impedir su realización. Armados con “banderas, pífanos y cajas” cercaban el convento y tendían lazos y redes para atrapar a las religiosas.³⁷ Pedro de Salmerón, el biógrafo de Isabel de la Encarnación, complementó el relato al afirmar que, bajo la apariencia de un toro negro que daba bramidos y echaba llamas por la boca, el Diablo se colocaba delante de la puerta por donde pasaban las religiosas, a las cuales acometía con furioso coraje. El mero día de la fiesta llegaban en bandada para estorbar la solemnidad “ya con tentaciones interiores y ya en lo exterior, poniendo embarazos, impedimentos y dificultades en todo lo que prevenían, tanto que llegaban a cortar los cordeles de las campanas”. Les daba rabia que los devotos y bienhechores enviaran cera, flores y limosnas. Sólo gracias a los rezos e invocaciones de Dios, la Virgen y los santos, las monjas lograban derrotarlos y realizar su celebración.³⁸

Al carmelita fray Juan de Jesús María, que buscaba un paraje yermo para asentar un nuevo convento, el Demonio le interpuso en el camino varios obstáculos, tales como leones feroces, una gran tempestad y “pensamientos de desconsuelo y aflicción”, para impedir que encontrara el terreno.³⁹ Como era de esperarse, el fraile salió victorioso porque al final logró su objetivo.

El Maligno trató de persuadir a María Josefa de la Peña para que “dejara la oración y los ejercicios espirituales” con la promesa de que se acabarían sus penas, de que daría descanso a su cuerpo, que dejaría de hacer penitencias y se divertiría y trataría con la gente. Ella no le daba crédito y seguía haciendo las penitencias sugeridas por su confesor. Entonces se volvía furioso contra ella, le daba “mil tormentos”, manipulaba su cuerpo como si fuera una pelota y le decía “palabras airadas y maldiciones”. Lo que más le preocupaba era sentir que había perdido la gracia de Dios e

³⁶ *Ibidem*, p. 150.

³⁷ *Ibidem*, pp. 307-308.

³⁸ Gómez de la Parra, *Fundación y primer siglo*, p. 150.

³⁹ Madre de Dios, *Tesoro escondido*, p. 266.

imaginarse que estaba comenzando a padecer en la tierra el infierno que le esperaba después de muerta.⁴⁰

Gran temor inspiraba a las personas la creencia de que el Diablo acostumbra estar presente en el lecho de los moribundos, con el objetivo de ganar sus almas para el infierno. Sor Francisca del Santísimo Sacramento presenció la agonía de una de sus correligionarias y describe que allí estaban varios demonios en diferentes figuras, algunas de ellas como moscardones “sobre la cama y celda de la enferma que apenas me dejaban ver a las que estaban allí. Andaban entre nosotras y el padre que le ayudó a morir. Hasta el manual estaba cubierto de esta mala canalla”.⁴¹

Al Diablo se le concedía la facultad de perturbar el comportamiento de una persona, por lo que con frecuencia la locura y otras enfermedades mentales, como la melancolía, se consideraban obra suya. También se creía que gobernaba la vida de las brujas, embusteras y falsas místicas.

3. *Aproximaciones eróticas*

Entre las virtudes cristianas máspreciadas estaba la castidad, considerada muy difícil de alcanzar porque no sólo implicaba abstinencia sexual, sino la represión de todo placer erótico obtenido a través de la vista, el tacto, el olfato e incluso mediante el pensamiento o durante el sueño. La castidad era recomendable para todos los fieles y resultaba indispensable para los clérigos, monjas y demás personas que pretendían estar cerca de Dios. Hombres y mujeres debían ser recatados, mantener la mirada baja y jamás mirar el rostro de personas del sexo opuesto.⁴²

Dado que se partía de la convicción de que el Diablo se valía de numerosas artimañas para despertar la sensualidad de sus víctimas, sus tentaciones eran muy temidas por los ascetas, que trataban de conservar su “virginal pureza”.⁴³ En sus autobiografías, las monjas aluden con frecuencia a pensamientos “impuros contra la castidad”, los cuales atribuían al Demonio.⁴⁴ En ocasiones el mismo Diablo se aparecía como ser corporal para tentar a sus víctimas en la “carne”, es decir, para incitarlas eróticamente. Había teólogos que sostenían que los demonios podían tener relaciones sexuales con

40 Jaffary, “María Josefa de la Peña”, pp. 138-139.

41 Palafox, *Luz a los vivos*, p. 187.

42 Rubial García, “Los santos milagrosos y malogrados de la Nueva España”, pp. 93-94.

43 Ramos Medina, “Isabel de la Encarnación”, p. 45.

44 Espejo, *En religiosos incendios*, p. 115.

mujeres y hombres y procurarles orgasmos particularmente deliciosos,⁴⁵ y otros planteaban que dichas relaciones eran muy dolorosas.

Se creía que las monjas eran víctimas predilectas del Demonio. En el convento de Jesús María de México, las incitaba al pasarse de noche, desnudo, por la azotea. A la luz de la luna y las estrellas “parecía galán en extremo, cargado de plumas y relumbrones”. Los transeúntes se escandalizaban, murmuraban y atribuían el mal a las monjas jóvenes, a las que concedían poco juicio.⁴⁶

A Isabel de la Encarnación el Demonio se le aparecía como “galán”, con intenciones de poseerla. Le prometía sacarla del convento, dotarla de joyas, preseas y vestidos y darle “grandeza” mundana, pero ella se resistía “más firme que una roca”.⁴⁷ A sor María de Jesús se le presentaba en “tentadoras formas masculinas”.⁴⁸ A Sebastiana Josefa se le apareció como una bestia grande y descomunal, “enteramente desnudo, indeciblemente deshonesto y torpe”, lo que causó a sus castos ojos “angustias mortales y congojas increíbles”. El suplicio aumentó cuando la tomó entre sus fieros brazos y la estrujó contra él con tanta fuerza que “pensó quedar sofocada”.⁴⁹

Las beatas sufrían acosos similares. A la otomí Salvadora de los Santos se le aparecía como vaquero lujurioso o como ermitaño durante sus andanzas por El Bajío y Michoacán.⁵⁰ La beata Agustina Josefa de Jesús tenía fantasías eróticas que estimulaban su imaginación: percibía en los órganos sexuales un viento frío o la presencia de una palomita, sensaciones que atribuía al Demonio.⁵¹

También fue común que el Demonio se valiera de terceros para tentar sexualmente a sus víctimas. Después de profesar, al carmelita fray Buenaventura le encargaron el cuidado de la portería de su convento, lo que aprovechó el Demonio para enviarle a una mujer lasciva, la cual vino a provocarlo la primera noche. Ella tocó la puerta y cuando el fraile bajó a abrirla se descubrió el pecho. Como el fraile estaba solo hubiera podido “ejecutar la ocasión”, pero “armado de Dios” rechazó la afrenta “y lanzó de sí aquel

45 San Agustín escribe en *La ciudad de Dios*: “Los hechos de demonios íncubos y súcubos son tan múltiples que no se pueden negar sin desvergüenza”, en Minois, *Breve historia del Diablo*, p. 53.

46 Sigüenza, *Paraíso occidental*, p. 172.

47 Madre de Dios, *Tesoro escondido*, p. 319.

48 Rubial García, *La santidad controvertida*, p. 182.

49 Cervantes, “El demonismo en la espiritualidad barroca novohispana”, pp. 133-134”

50 Rubial García, “El hábito de los santos”, p. 360.

51 AGNM, *Inquisición*, vol. 1291, f. 147.

áspid”, dándole con la puerta en la cara. La mujer, llorosa y compungida, regresó a su casa y enmendó su vida, lo que posteriormente le permitió morir en paz.⁵² También al padre José María Piccolo, a Sebastián de Aparicio y a fray Joan de Perpiñán les enviaba muchachas para que los tentasen, pero ellos lograban vencer las tentaciones mediante “oraciones y penitencias”.⁵³

4. Posesiones y pactos diabólicos

En Nueva España se hacían pactos con el Diablo y le dirigían sus súplicas personas con condiciones de vida muy difíciles, como los esclavos, pobres y enfermos, que se sentían abandonados de Dios, así como hombres y mujeres que perseguían objetivos para los cuales no se podía solicitar el apoyo divino, por ser deshonestos y pecaminosos, como obtener favores amorosos, llevar a cabo venganzas o hacer maleficios.⁵⁴

Los pactos solían firmarse con sangre, como fue el caso de un joven que quería poseer a toda costa a una muchacha sin lograrlo. Desesperado, una noche se fue a una callejuela angosta, situada junto al convento de San Francisco, y una vez que se cercioró de que nadie lo miraba, llamó al Demonio para que lo ayudara. Cuando éste se apareció en “una figura horrible”, el joven le ofreció su alma a cambio de poseer a la mujer “por quien andaba perdido” y de obtener dinero para cumplir sus deseos. El Demonio accedió al trato e hizo firmar al joven una cédula, con su propia sangre, que decía así:

Yo fulano, prometo a Satanás ser un esclavo perpetuo y le entrego mi alma por esta escritura, renegando de Cristo, de su madre y de los santos del cielo, y además de esto me aparto de la participación de los sacramentos y del derecho que tengo a la sangre de Cristo y bienaventuranza de la gloria, porque me entregue a fulana y me dio medio de cómo conseguirla y hacienda para gozarla. Fecha en México a tantos de tal mes y tal año, y luego puse mi nombre.⁵⁵

52 Madre de Dios, *Tesoro escondido*, p. 263.

53 Pilar Gonzalbo Aizpuru, “La santificación del prójimo”, en Manuel Ramos Medina (coord.), *Camino a la santidad, siglos XVI-XX*, México, Centro de Estudios de Historia de México Condumex, 2003, p. 31, y Francisco Morales, “La biografía del beato Sebastián de Aparicio, por fray Juan de Torquemada. Notas sobre la formación de un texto”, en Manuel Ramos Medina (coord.), *Camino a la santidad*, pp. 146-147, y Chauvet, “Descripción de la provincia franciscana...”, p. 88.

54 Alberro, *Inquisición y sociedad*, pp. 183-187.

55 Madre de Dios, *Tesoro escondido*, p. 132.

El Demonio cumplió su palabra y el mancebo pudo gozar de la mujer, pero el placer fue efímero, porque pronto le asaltaron los temores de haber perdido su alma y de estar condenado al infierno.

Un caso asombroso fue el de Antonia de Soto, una esclava mulata de Durango, quien a los doce años huyó de su amo junto con un indio tepehuano, empleado del mismo señor. Gracias a un pacto que hizo con el Demonio, según confesó en 1691, trabajó, vestida de hombre, durante seis años como vaquero y sirviente de arrieros, convertida en una experimentada amazona, domadora de caballos y torera.⁵⁶ En una sociedad donde los papeles sociales de hombres y mujeres estaban claramente definidos, transgredir estas normas sólo podía concebirse mediante la ayuda del Demonio.

Se creía que el Demonio era celoso de sus devotos y no los soltaba con facilidad. Así, un hombre que había pactado con él quiso enmendar su vida y para ello se dirigió al convento carmelita más próximo. Pero “todo el infierno” formado en escuadrones trató de impedirlo. Sólo pudo avanzar lentamente, con gran esfuerzo, y al llegar se puso de rodillas, se persignó y trató de hablar. Pero no podía hacerlo porque su lengua se había engrosado y crecido de tal suerte que no le cabía en la boca; “negra y horrible” la traía colgando de fuera. El confesor se dio cuenta de que estaba poseído y lo consoló. Por la noche, en su casa, el Demonio se presentó de nueva cuenta y lo azotó y le quemó los bigotes diciéndole “perro esclavo ¿de mí quieres huir?”. A pesar de lo crudo de esta experiencia, el hombre regresó a la mañana siguiente al convento. Uno de los carmelitas salió de su celda para confesarlo, pero varios demonios le impidieron que avanzara y tardó más de tres horas para dar los doce pasos que mediaban entre su celda y la escalera.

Mientras tanto, el hombre, arrepentido de haber pactado con el Demonio, había hecho penitencias. Cuando por fin entró con el fraile a una de las capillas de la iglesia, ambos vieron un papel ensangrentado que caía del cielo a los pies del confesor: era la cédula que el hombre había firmado para el Diablo.⁵⁷

Las “posesiones demoniacas” eran otra forma de asociación con el Demonio. Esta creencia surgió en el seno de las sectas mesiánico-apocalípticas

56 Véase asimismo el caso de Juan Antonio Gamboa, quien hizo un pacto con el Demonio para mejorar sus condiciones de vida. Susan Deeds, “Hechicerías en el norte colonial de México. Reflexiones sobre género y metodología”, en Amaya Garritz (coord.), *Una mujer, un legado, una historia. Homenaje a Josefina Muriel*, México. Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 2000, pp. 81-88.

57 Madre de Dios, *Tesoro escondido*, pp. 131-134.

y ya estaba establecida en tiempos de Jesucristo. En el Nuevo Testamento se mencionan múltiples casos de posesión diabólica, así como los exorcismos que Cristo y sus discípulos practicaron para liberar a los poseídos. Los demonios salían de ellos gritando: “Tú eres el hijo de Dios” (Lucas 4, 41).⁵⁸

En la tradición cristiana se mantuvo la creencia en la posibilidad de que el Demonio ingresara al cuerpo de una persona para dominarla.⁵⁹ Los poseídos por el Demonio se dividían en posesos y obsesos o energúmenos.⁶⁰ Los primeros eran pecadores, y los segundos, personas puestas a prueba por Dios en cuanto a la fidelidad que le tenían y a la fortaleza de sus virtudes. Los obsesos fueron más frecuentes entre las mujeres que en los hombres, especialmente entre monjas y beatas. Se trató de un fenómeno urbano, ya que ellas requerían espectadores dispuestos a entender, explicar y difundir el fenómeno, como fue el caso de las monjas poblanas Isabel de la Encarnación y María de Jesús Tomelín, acosadas de manera permanente por demonios.⁶¹

5. Armas contra el Demonio

Según la creencia de la época, al Demonio se le combatía mediante actos sagrados. El arma más poderosa era la invocación verbal de Dios Padre, Jesucristo o la virgen María, a través de oraciones.⁶² Otra forma era colocarse bajo la protección de una pintura o escultura de Cristo, de la Virgen o de algún santo, como lo hizo la madre Ana María de San Francisco, quien para consolarse, bañó de lágrimas un crucifijo, a la par que escuchó una voz que le decía “¿qué te ha de valer ese palo?”. Ella reconoció que se trataba del Demonio, y “con alientos de la divina gracia y fervor de su espíritu, le respondió y le dijo: vete, perro, que este santo madero, en que murió mi Redentor, me puede librar de ti y de todo lo que padezco”.⁶³

Los objetos sagrados, crucifijos, velas, incienso, misales, medallas, agua bendita, escapularios⁶⁴ y rosarios, asimismo servían como escudos contra las

58 Minois, *Breve historia del Diablo*, pp. 40-42.

59 Gloria A. Franco Rubio, *Cultura y mentalidad en la Edad Moderna*, Sevilla, Mergablum, 1999, p. 106.

60 Bieñko, “Un camino de abrojos y espinas”, p. 106.

61 Ramos Medina, “Isabel de la Encarnación”, pp. 41-51.

62 Palafox, *Luz a los vivos*, p. 104.

63 *Ibidem*, p. 274.

64 Los carmelitas promovieron el uso del escapulario, mediante el cual prometían a quienes lo usarán bienestar en vida y la salvación del alma después de la muerte. José Villerías y Roelas, *Escudo triunfante de el Carmelo, su santo escapulario, con que María Santísima defiende, a los que devotamente le visten, de todos los peligros en esta vida; y en la otra, del fuego del Purgatorio*, México, Imprenta de Don Joseph Bernardo de Hogal, 1728.

fuerzas demoniacas. Desde el siglo XVI, los frailes evangelizadores plantaron cruces, erigieron santuarios y ermitas para ahuyentar al Demonio de los sitios donde creían que se refugiaba y donde los indígenas le daban culto, a través de rituales paganos. Los carmelitas descalzos se apropiaron de los montes situados al occidente del Valle de México, al establecer el convento del Santo Desierto en la zona conocida en la actualidad como Desierto de los Leones, y colocaron cruces en los peñascos más altos, donde los indígenas continuaban haciendo sacrificios humanos, entre otros ritos paganos. Agustín de la Madre de Dios relata que cuando llegó a la cima de uno de estos peñascos y vio el estandarte de la cruz que habían erigido sus correligionarios, se le salieron las lágrimas porque al ahuyentar a los demonios de aquel “castillo fuerte”, Cristo había triunfado sobre “todos sus enemigos”.⁶⁵

El agua bendita era un agente muy socorrido para ahuyentar al Demonio. Mariana del Santísimo Sacramento se valía de ella para alejar a los demonios que la amenazaban bajo el aspecto de dragones y otros animales feroces. En determinada ocasión tiró la pileta que la contenía y, por milagro, no se quebró aunque era de barro, y “con cuyo favor quedaron corridos y rabiosos los enemigos”.⁶⁶ Con agua bendita se llegaban a hacer panecillos con la figura de la Virgen o de algún santo, que podían utilizarse con el mismo fin.⁶⁷

Cuando el Demonio se aparecía de manera corpórea, algunos visionarios lo enfrentaron físicamente. Un día, se apareció un “demoñuelo” revoltoso a la madre Marina de la Cruz del convento de Jesús María y le dijo que el “príncipe de las tinieblas” le había encomendado que obstaculizara la elección interna de uno de los conventos de la ciudad, que alborotara a las religiosas y creara cizaña entre ellas “formando bandos y sembrando chismes y cuentos entre las monjas, para que de ellos se siguiesen muchos rencores”. El Demonio intentó despedirse con prisa para proseguir su mala obra, que ya había logrado frutos porque las monjas estaban divididas en bandos, pero Mariana de la Cruz lo prendió, lo amarró y así lo mantuvo hasta que concluyó la elección, “en que generalmente se aplaudió el acierto, sosegándose los alborotos que la habían precedido por estar imposibilitado de continuarlos quien los causaba”. Sigüenza y Góngora, quien narra el relato,

65 Madre de Dios, *Tesoro escondido*, p. 272.

66 *Ibidem*, p. 213.

67 Gómez de la Parra, *Fundación y primer siglo*, p. 462.

especificó que para amarrarlo se valió más de las “cadenas del imperio de Dios” que de cordeles materiales.⁶⁸

La carmelita Inés de la Cruz se valió del mismo medio cuando era superiora de su convento. Una noche, estando en maitines, vio que dos monjas se desplomaron al suelo de sueño y acto seguido vio al Demonio “en figura y forma de mancebo”, que llevaba unos ungüentos en las manos, “con que tocando los ojos de las religiosas les causó aquel sueño. Salió de su asiento sin decir nada y lo sacó del coro y atándolo lo puso preso en un aposento donde están las insignias para las mortificaciones que hacen en el refectorio”. El día siguiente le contó al confesor y éste le dijo que lo soltase y le dijera que se fuera al infierno. “Así lo hizo y abriéndole el aposento, lo echó fuera y él se fue a los infiernos, corrido y avergonzado de que una mujercita le venciese y le arrojase en prisiones. No sólo le venció en sí sino también a otros, porque a almas muy perdidas las sacaba de sus garras.”⁶⁹

Otro caso fue el de Francisca de la Natividad, perteneciente a la misma orden, quien era la encargada de la portería, y con frecuencia la llamaban para que combatiera a los demonios infiltrados en el convento. Tomaba entonces “un garrote y una escoba, subía a la celda y arrojaba a los espíritus malignos a palos y escobazos”. Ellos se apresuraban a salir por la puerta y la ventana, “oprimiéndose los unos a los otros por liberarse de los palos y escobazos que repartía la madre Francisca”.⁷⁰ El anacoreta Gregorio López llegó a combatir cuerpo a cuerpo con el Demonio y resultó herido, sangrando por los oídos y la nariz.⁷¹

Cuando las personas estaban obsesas o posesas del Demonio, la única manera de liberarlas era mediante exorcismos, similares a los que practicaba Jesucristo en tiempos bíblicos.⁷² El clérigo Rodrigo de Medinilla describe uno que ejecutó a la beata Teresa Romero, quien se encontraba en la casa

68 Sigüenza, *Paraíso occidental*, p. 173.

69 Madre de Dios, *Tesoro escondido*, p. 388.

70 Gómez de la Parra, *Fundación y primer siglo*, p. 202.

71 Rubial García, *La santidad controvertida*, p. 98.

72 Georges Minois ha resaltado que los exorcismos son una repetición del mito de combate original entre Dios y Lucifer: “Jesús y el diablo son interdependientes. Para que Jesús sea más que un hombre es preciso que su adversario sea de su talla, algo más que un simple espíritu malo, alguien que merezca el desplazamiento, que valga la pena que Dios envíe a su propio hijo. De este modo, sólo una explicación cósmica del origen del mal puede justificar la naturaleza divina de Cristo. Lo que supone, a su vez, una relectura del episodio del pecado original, relectura proporcionada por los escritos apocalípticos: la falta de Adán no puede ser una simple desobediencia humana, y la serpiente del Jardín del Edén no puede ser una simple serpiente, hecho que daría a la Encarnación y la redención una dimensión ridícula”. *Breve historia del Diablo*, pp. 42-43.

de Francisco Antonio. Allí la encontró “transportada y de rodillas”. Puso la mano sobre su cabeza y le dijo al espíritu que la tenía poseída que si era “bueno” la dejase para gloria de Dios y si era el Demonio “interponía la autoridad de ministro del Señor y mandaba que luego dejase aquella criatura”. Una vez expresadas estas palabras, la beata cayó a sus pies, comenzó “a llorar con muchas demostraciones de dolor” y lamentó haber estado poseída por el Demonio.⁷³ Una experiencia similar la tuvo el presbítero José del Castillo Graxeda, que atendió a una mujer enferma, la cual había perdido el juicio. Los médicos le habían diagnosticado tabardillo, pero, a pesar del tratamiento, la fiebre continuó y ella adoptó una actitud muy agresiva: “comenzó a negar los misterios de la fe, a escupir a la Virgen de cuando en cuando, a prorrumpir silogismos, aunque no en latín, contra el misterio de la Santísima Trinidad, a hablar palabras no correspondientes a su entendimiento, a tener unas fuerzas que seis personas no la sujetaban”. Los sacerdotes que fueron a verla determinaron que estaba poseída por un “Demonio obseso”, a quien Dios había permitido que la atormentara por espacio de tres días. Para liberarla del Demonio, el presbítero Castillo resolvió exorcizarla, lo hizo de la siguiente manera:

Reconcilieme primero y me fui para la tal persona con bastante ánimo y mandé que le quitaran las ligaduras que la oprimían. Díjele: “¡Ea! ¿Ves? Aquí ya están libres las manos, hazme pedazos, como dices”. Respondiome y dijo: “Sólo contigo no puedo hacer eso”. Comenzó a negar los misterios de la fe y a argüir conmigo muchas sutilezas, pero yo no le respondía más que algunas cosas que eran necesarias para convencerla. En esto, las luces que había en la pieza ya se apagaban, ya subía la llama fuera del orden natural, ya hacían la luz como de color azul, mudando variedad de colores. Las personas que allí estaban, viendo tal asombro, estaban todos cortados y turbados. A todo esto, quiso Dios que en poco tiempo convenciese yo al Demonio en que dejase aquel cuerpo. Así lo hizo, quedando la doliente en un desmayo grande, pero volviendo de él y en su juicio pidió una imagen de la Virgen, con quien lloró amargamente y [se] sosegó.⁷⁴

Las beatas con frecuencia eran consideradas posesas por sus comportamientos extraños. El sacerdote Ibarra se ufana de haber liberado a María

⁷³ AGNM, *Inquisición*, vol. 432, f. 180-206v.

⁷⁴ Castillo Graxeda, “Autobiografía”, pp. 16-19.

Bárbara de Echegaray del Demonio del que estaba poseída.⁷⁵ El confesor de Águeda Salas y de sus hermanas beatas, por boca de ellas, hablaba con los demonios que las tenían poseídas y las liberaba periódicamente de los malignos.⁷⁶ La beata María Ignacia fue curada de su posesión por fray Francisco de Jesús María, ya que el vicario de San Sebastián no había logrado el exorcismo. Cuando este último interrogó al Demonio del que estaba poseída, obtuvo por respuesta que era uno solo, que se llamaba Satanás y que no estaba dispuesto a abandonar el cuerpo de la mujer. Entonces, el sacerdote le ordenó que dejara el lugar donde se encontraba y se ubicara en uno de los pies de la posesa. Ante la mirada del vecindario que estaba presente se le abultó el pie al instante “de manera que todos creyeron que el Demonio obedeció al padre”.⁷⁷

Entre los seres cercanos al Demonio estaban las brujas. La mestiza Leonor de Villarreal, las castizas Inés García e Isabel de Aguilar y Catalina Rodríguez fueron acusadas de ir por la noche a un lugar descampado para besarle el trasero a un macho cabrío, bajo un árbol. Después de estos encuentros salían volando en forma de gansos hasta el cementerio, donde visitaban a su difunta madre, Juana Rodríguez, quien había sido una bruja afamada.⁷⁸

75 AGNM, *Inquisición*, vol. 1251, f. 28.

76 *Ibidem*, ff. 40-41.

77 AGNM, *Inquisición*, vol. 1349, exp. 18, ff. 351 y 351v.

78 Alberro, *Inquisición y sociedad*, p. 305.